

"CABALLERO"  
COMPRÁ-VENTA  
DE LIBROS  
REGINA, 19-SEVILLA

134

La novela  
TEATRAL



20 cts.

RAMÓN GATUELLAS

EL HALCONERO  
Poema en tres actos  
Francisco Villaespesa

*Tovar*  
1920

**DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA**

**Sumario de obras publicadas en la novela TEATRAL.**

**GALDOS.**—49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-\*Sor Simona.

**BENAVENTE.**—9. Todos somos unos.-102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.

**QUINTERO.**—66. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.-\*\*Pepita Reyes.

**GUIMERA.**—113. María Rosa.-114. Tierra baja.-136. Agua que corre.

**LINARES RIVAS.**—16. El Cardenal.-99. La Cizaña.-101. Bodas de plata.

**MARTINEZ SIERRA.**—29. Primavera en Otoño.-\*\*El ama de la casa.

**TAMAYO Y BAUS.**—136.-Un drama nuevo. 210. La bola de nieve. 136. Lances de honor. 149. La locura de amor.-177. Lo positivo.-214. Virzina.

**DICENTA.**—6. El lobo.-14. Sobrevivirse. 24. El señor Feudal.-38. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.-. Juan José.

**ZORILLA.**—188. El Alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la e pada.

**VILLAESPESA.**—10. El rey Galaor.-23. Aben-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-85. La leona de Castilla.-\*El Halconero.-\*\*El Alcázar de las perlas.-28. La Gioconda.

**MARQUINA.**—154. En Flandes se ha puesto el sol.-182. Doña María la Brava.-201. El Retablo de Agrellano.-Las hijas del Cid.-195. El Rey Trovador.

**RAMOS CARRION.**—84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-155. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant.-179. Mi cara mitad. 123. Los señoritos.-213. La criatura.-90. La Marsellesa.

**VITAL AZA.**—32. Francfort.-33. La Reboñica.-36. Ciencias exactas.-39. La Praviñana.

45. Parada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codornices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-\*Llovido del cielo.-197. El señor cura.-131. El sombrero de copa.-\*Con la música a otra parte.-191. El afinador.-200. Percicito.

**RAMOS CARRION-VITAL AZA.**—147. El señor Gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Robo en despoblado.-151. El padrón municipal.-110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió.

**ECHEGARAY (Miguel).**—44. La viejecita.-59. Gigantes y cabezudos.-76. El dúo de la Africana.-91. La Raalera.-115. Los demonios en el cuerpo. 178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-111. El octavo no mentir.

**ARNICHES.**—2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quiros.-19. Las estrellas.-20. Dolores.-21. La señorita de Trévez.-43. La guntuza.-67. La noche de Reyes.

**ARNICHES - GARCIA ALVAREZ.**—15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico. 105. Gente meuda.-122. El príncipe Casto.

**GARCIA ALVAREZ-MUÑOZ SECA.**—8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego. 73. Trampa y cartón.-193. Faustina.

**PASO-ABATI.**—13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-206. Los perros de presa.

**PERRIN-PALACIOS.**—74. La Corte de Faraón.-80. La manta zamorana.-81. Pedro Gómez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.-\*Cinematógrafo Nacional.-\*Cercamten Nacional.194Cuadros disolventes.150.La tierra del Sol.-\*Las mujeres de Don Juan.-146. El País de las Hadas.

## COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-18. El hombre que asesinó 25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112 Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los gansos del Capitolio.129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militates y paisanos.-135. Muérete, ¡y verás!-139. Jarabe de pico.-140. Papá Lebonnard.-141. La barba de Carriño.-143. El Revisor. 144. Blasco Jimeno.-145. El crimen de la calle de Leganitos.-146. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Ciclón.-156. El amor vale.-160. La señorita del almacén.-164. El Ladrón.-166. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequieta.-173. Iettatore.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-181. El tenor.-185. El primer rorro.-\*El Gavilán.-187. Los amigos del alma.-189. La casa de los milagros.-190. El duelo.-192. Los amantes de Teruel.-198. La Canastilla.-199. Marcela. o ¿a cuál de los tres? 203. La historia del Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-208. También la Corredizora es guapa.-210. Mister Beverley.-212. La Dama de las camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las morci las.

## ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cañetes de la reina.-72. La Tempranica.-79. El niño judío.-84. El padrino de «El Nene».-85. La balsa de aceite.-96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Trini.-162. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El niño del principal.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-176. La suerte de Salustiano.-184. La tragedia de Lavina.-202. La canción del olvido.-205. El As.-204. La suerte perra.-211. Ton-dillas españolas (2.ª parte.)

**Número atrasado: 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar**

(\*\*) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA.

20Cms 1-2-604/34 R. 66.544

# EL HALCONERO

POEMA TRÁGICO EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

## FRANCISCO VILLAESPESA

### PERSONAJES

ROSAURA.—ANGÉLICA.—VIOLANTE.—BEATRIZ.—LAURA.—GASTON.—EL CONDE  
DON DIONIS.—MICER PIETRO.—MICER HAROLDO  
Damas, pajes y caballeros.

## ACTO PRIMERO

Los jardines del Rey Arturo. Al fondo, la fachada del palacio, coronada de góticos torres.  
Amplia escalinata con balaustaje de mármol, conduce al pórtico. Avenidas de cipreses.  
A la izquierda, las márgenes de un lago. A la derecha, el bosque florido. Amanece.

Angélica y Violante.

(Conversando cerca del lago.)

ANG.—¿Se levantó la Princesa?...

VIO.—Hace ya tiempo que está en la capilla, rezando...

No ha de tardar en bajar con Beatriz, a los jardines, que ya en el verde cristal del lago, la Aurora empieza lentamente a clarear...

(Mirando al lago, en cuyos tersos cristales comienza a alborear el día.)

¡Mira: florece en las aguas como si fuera un rosal!...

(Volviéndose de nuevo a Angélica.)

Con nuestro buen rey Arturo, don Dionis de caza, y al jardín, a despedirlos,

la Princesa bajará...

ANG.—¿Y no va de cetrería?...

VIO.—No gusta de ella... Además mañana es el casamiento...

¿Qué te parece el galán?...

ANG.—¡En lo apuesto y lo bizarro don Dionis no tiene igual!...

¡Tan gallarda es su presencia y tan noble es su ademán,

que tras él, para admirarle, todos los ojos se van!...

VIO.—(Como si de súbito un recuerdo asaltase su imaginación, obscureciéndola.)

¡Lástima me inspira el Conde!...

ANG.—¿Por qué?

VIO.—Por que acabará trágicamente... cual todos

los que se intenten casar con Blanca Flor, la Princesa...

(Bajando la voz, con aire de misterio.)

Dicen que un signo fatal presidió su nacimiento...

¡Todo el que la llegue a amar,

a traición asesinado fatalmente morirá!...

¡Y tales historias cuentan que miedo escucharlas da!... (Con supersticioso terror.)

Dos príncipes han venido con la Princesa a casar, y los dos en sus sepulcros de mármol reposan ya ..

Al uno, muerto encontraron en la cámara nupcial, sin una herida... Y al otro flotando sobre el cristal de esa laguna... Tenía clavado al pecho un puñal...

ANG.—(Horrorizada.)

¿Y no averiguaron?...

VIO.

se ha podido averiguar.

El Rey mandó hacer justicia, y sólo por sospechar, ¡a cuántos pajes colgaron del garfio de un almenar!...

¡Desde entonces la Princesa se muere de soledad, como un lirio que entre cirios se deshoja en un altar!...

(Pequeña pausa.)

ANG.—¡Qué diferencia entre ella y la Infanta!...

VIO. ¡Es verdad

que comparar a las dos, es igual que comparar a una tímida gacela con un hambriento chacal!

ANG.—¿Tan cruel es la Infanta?

VIO.—¡Bien se conoce que estás ha poco tiempo en la Corte!...

¡No hay crueldad cual su crueldad! (Bajando aún más la voz.)

A la marquesa Yolanda,

Nada

porque se atrevió un juglar  
a encarecer sus pupilas,  
mandó, envidiosa, cegar,  
echándola de palacio  
igual que se arroja a un can...  
Y el juglar, en esa torre  
des de entonces preso está...  
(Señalando al torreón de la izquierda.)

Y allí vive, condenado  
a morir de hambre... ¡Me da  
miedo, si recuerdo el eco  
de su voz, cuando a gritar,  
igual que un loco se asoma  
a esa ventana ojivall...

ANG.—¿Cómo en el cuerpo de un ángel  
vive el alma de Satán?...

¡Porque en belleza, la Infanta  
no puede tener rivall...

Vio.—¡Pues en su propia belleza  
radica todo su mal,  
que los ojos que la miran  
no la pueden olvidar!...

ANG.—(Mirando a la escalinata y poniéndose  
la mano en la boca.) Alguien se aproxima.  
Vio. ¡Es ella!...

(En lo alto de la escalinata aparece la bella  
y rígida figura de Rosaura, en traje de Corte.  
Dos pajes le sostienen la cola. Van descendiendo  
lentamente.)

ANG.—¡Qué hermosa y pálida está!...  
(Disponiéndose a partir por la derecha.)

Vio.—¿Te marchas?...

ANG. A la Princesa  
Blanca Flor, voy a avisar.

(Sale mientras descende la comitiva.)  
Rosaura, Violante, Beatriz, Damas y Pajes.  
Ros.—(Mientras descende la escalinata y se  
aproxima al lago.)

¡Magnífica mañana!... Tiempo hacía  
que no vi amanecer... Semeja el lago  
un gran charco de sangre... Está lo

[mismo  
que la mañana aquella en que a Lota-  
el prometido de mi hermana, yerto[rio,  
sobre sus claras ondas encontraron.

¿No recuerdas, Violante?... Como aho-  
el alba florecía... Lo sacaron [ra  
cuatro pajes... Brillaba sobre el pecho  
el pomo de un puñal ensangrentado;  
y al transportarle, el musgo del camino,  
rozaban, al pasar, sus yertas manos...

Vio.—¡Qué recuerdo, señora, qué re-  
[uerdo!  
Ros.—¿Qué te pasa, Violante?... Está  
[tan pálido  
tu rostro, como el suyo... ¿No recuer-  
[das?

Todos os desmayasteis a su paso...

Sólo yo, en la marmórea escalinata  
de pie permanecí. Mi propia mano  
el arma le arrancó, y de rubies  
su sangre salpicó mi velo blanco...  
En sus ojos abiertos, donde el alba  
llameaba, veíase el espanto...  
Sobre su rostro doblegué mi frente,  
y con mis besos le cerré los párpados!...  
(Como si el recuerdo se hiciese realidad, al  
evocarlo.)

Era un alba magnífica de Junio...  
(Se detiene un instante. Después cambia de  
tono, dirigiéndose a Violante.) [do?  
El Conde don Dionís, ¿aun no ha llega-  
Vio.—Viendo está los halcones, con el

(Rey,  
mientras frenan y ensillan los caballos.  
Ros.—(Con sorda y reconcentrada ironía.)  
¿Y la Princesa?

Vio. Vuestra noble hermana,  
en la vieja capilla está rezando.  
Ros.—¡Oh, siempre tan piadosa!...  
(Cuando reine,

en lugar de este Alcázar, será el claus-  
la morada real, y en vez de sedas tro  
la Corte vestirá sayal y hábito...  
(Cambiando de nuevo de tono y dirigiéndose  
hacia la derecha.)

Voy a dar una vuelta en los jardines.  
(A las damas.)

Aquí esperadme, y avisad si acaso  
llega la Corte...

(A una dama.) Ven conmigo, Laura.  
BEA.—(Se inclina.)

Alteza, hasta después...  
Vio. Aquí esperamos.

(Sale Rosaura por la derecha, seguida de  
Laura. Los pajes se inclinan a su paso, y se  
retiran después por el fondo.)  
Beatriz y Violante.

Vio.—(Viendo desaparecer a la Infanta, en  
voz baja a Beatriz.)

¿No te espanta, Beatriz, tanta perfidia?...  
¡Ni un recuerdo siquiera para el noble  
conde Lotario, que murió en el lago!...

BEA.—(Temblando de inquietud.)  
¡Baja la voz, Violante!... ¡Si nos oye,

para que el buen juglar tenga compañía,  
nos mandará a lo alto de esa torre!...

¡Hoy está más alegre que acostumbra!...  
Vio.—¿La ayudaste a vestir?

BEA. Y aunque te asombre,  
al pensarla, al ceñirle las preseas,  
ni una queja, Violante, ni un reproche...

¡Me hablaba con amor... Me sonreía  
con tal dulzura!...

Movimiento de extrañeza de Violante.)  
¡Si!...

VIO.—(Como recordando.)

¡Igual que entonces!...

¡Que la mañana aquella en que encon-  
(tramos

flotando en ese lago al noble conde!  
(Pequeña pausa. Avanzar al primer término.)

BEA.—¡Don Dionís, con qué pena verá el  
que ensangrentó su hermano!... (agua

VIO.—(Con misterio.) Voces corren  
de que juró encontrar al asesino,  
y a Lotario vengar!...

BEA.—(Como a quien se le escapa un secre-  
to.) ¡Ay, pues entonces,

cumplir no ha de poder su juramento!  
VIO.—(Sin poder refrenar su ansiedad.)

¿Tú sospechas de alguien?...  
(Beatriz vacila en romper su secreto.)

¿No respondes?...  
BEA.—¡Sólo digo, Violante, que quisiera

encontrarme a cien leguas de la Corte!..  
¡Lo que vieron mis ojos, no se atreven  
a pronunciar mis labios!...

VIO.—(Imponiendo silencio y señalando a las  
márgenes del lago.) Mas, ¿no oyes?  
(Las dos se vuelven y miran.)

BEA.—(Con alegría.)  
¡Qué hallazgo!... El halconero favorito  
de Rosaura... ¡Gastón!...

VIO.—¡Quién le conoce!  
Ayer era el doncel más divertido,  
el juglar más alegre... ¡Y hoy si coge  
el laúd, sus trovares son tan tristes  
que hacen saltar las lágrimas!..

BEA.—¡Quedóse  
pálido como un muerto, y ya no cuida,  
como antaño cuidaba, sus halcones!...

VIO.—Vaga como un espectro, hablando  
(solo...

Tiene los ojos húmedos e insomnes...  
Parece haber llorado...

BEA.—Aquí se acerca.  
VIO.—¡Ni a levantar los ojos atrevióse!..  
(Aparece el Halconero por las márgenes del  
lago, ensimismado y triste.)

Dichas y el Halconero Gastón,  
(Las damas se dirigen alegremente a su  
encuentro.) (picado?

BEA.—¿Qué tábano, halconero, te ha  
VIO.—¿Te picó la tarántula, halcone-  
(ro?...

BEA.—¿Qué náyade ojiverde te ha em-  
(brujado?...

VIO.—¿Fulguraba en su frente algún lu-  
(cero?...

BEA.—¿A orillas de una alberca se pei-  
(naba

bajo el dosel florido de un rosal?...

VIO.—¿Era de oro su túnica?...

BEA.

¿Calzaba

irisados chapines de cristal?...

(El Halconero permanece inmóvil.) (hizo?...

VIO.—¿Qué mala hierba enmudecer te

BEA.—¿Fué sortilegio de tu vieja aman-  
(te?..

VIO.—¿Qué filtro, dí, Gastón, qué be-  
(bedizo

ha dejado sin rosas tu semblante?...

BEA.—¡Ya bajo el mirador tu voz no es  
(una

alondra, ebria de luz, que anuncia el  
(día!...

VIO.—¡Ni ruiseñor que trina de alegría  
bajo el beso de plata de la Luna!...

BEA.—¿Qué te pasa, halconero? ¿Qué  
(te pasa

que andas por los jardines mudo y tris-  
huyendo de nosotras?...

(te,  
VIO.

¿Recibiste  
alguna mala nueva de tu casa?...

BEA.—¿Ha muerto, por tu ausencia, la  
(doncella

a quien con tus canciones cautivaste?...

VIO.—¿Estás enamorado de la estrella  
que en el fondo de un pozo contemplas-  
(te?...

GAS.—(Queriendo deshacerse de ellas; como  
un sonámbulo.) (nes!...

¡Dejadme, que me esperan mis halco-  
Soy halconero... Mis halcones cuidado...

VIO.—Antes también cuidabas tus can-  
(ciones...

GAS.—Mas, rompieron sus trabas... y  
¡Dejadme!... Tengo prisa... (se han ido!

VIO.—¿Quién te espera  
con la Aurora?...

BEA.—¿La virgen a quien amas,  
te dió cita, doncel, bajo las ramas  
que de flores cubrió la Primavera?...

GAS.—¡Dejadme solo!... ¡Soy un apes-  
(tado,

y apesto todo cuanto tengo al lado!...

Huid de mí, que mi mal es contagioso...

VIO.—¿Qué tienes, halconero?... ¿Estás  
(leproso?

GAS.—¡Qué más lepra que estar ena-  
(morado!...

(Quiere escapar, pero las damas lo detienen  
de nuevo.)

VIO.—Halconero ¿de quién?... Dinos..

BEA.—¿De alguna  
princesa, por los genios encantada  
bajo el cristal azul de la laguna?...

VIO.—Dinos, Gastón, el nombre de tu  
(amada!...

GAS.—(Queriendo escapar; como quien sue-  
ña.) ¡Estoy enamorado... de la Luna!

(Las damas ríen, y la Infantina Rosaura que se ha ido acercando cautelosamente al grupo, lanza una vibrante carcajada. Gastón se vuelve, y al reconocerla, se queda como petrificado. Las damas se inclinan ante la Infanta.)

Dichos, Rosaura, Damas y Pajes,

Ros.—¿De la Luna? ¡Qué horror!.....

¡Pues ten cuidado

no te vaya a ocurrir lo que al impío pastor, que de la Luna enamorado, por quererla besar se ahogó en un

(ríe!...)

¡Cúrate de ese amor, pobre halconero!

(ro!...)

Da el amor de la Luna mala suerte...

GAS.—¡Si yo como el pastor por ella

(muero,

al expirar, bendeciré mi muerte!

Ros.—(Cambiando de tono, con acento insinuante de ironía.)

¡Alta la Luna está para tu ojo! .

GAS.—¡Mas me quedan los ojos para

Ros.—Cegar pueden tus ojos... (verla...)

GAS. ¡Será en vano!...

¡Me resta el corazón para quererla!...

Ros.—(Dulcificando la voz.)

¡Gentil y amable tu respuesta ha sido!

Si la Luna, Gastón, la hubiese oído,

para pagar tu cariño tan ferviente,

quizás besase con la plateada

y quimérica luz de su mirada

la palidez marmórea de tu frente!...

(Mirándole con persistente interés.)

¡Vamos, pobre Gastón, lanza al olvido

tus amores fantásticos!... ¡No quiero

verte sufrir así, pobre halconero!...

GAS.—(Frenético de felicidad.) (rído,

¡Bendito el dardo que mi pecho ha he-

y bendita la muerte de que muero!...

Ros.—Triste no quiero verte en este

víspera de una boda... (día,

(Con intención, dejando caer las palabras.)

¿?us halcones

preparaste?... ¿No vas de cetrería

con el Rey y los nobles Infanzones?...

GAS.—El Conde don Dionís será mi

(dueño

cuando despunte el sol. Sobre mi puño

aleteará, glorioso de su empeño,

vuestro halcón favorito: el bravo Or-

(tuño...)

Halcón más fiero y más voraz, no cruza

el cielo azul...

Ros. ¡Su gentileza adoro!

¡Toma este rico cascabel de oro

para adornar con él su caperuzal!...

(Dándole un guinzo de oro.)

GAS. (En un arranque de orgullo.) (juro,

¡Gracias, gracias. Alteza!... Mas yo os

por vuestro nombre y por mi honor,

(Princesa.

que en sus garras traerá gloriosa pre-

Ros.—(Con desprecio.) (sal!...

¡Alguna humilde garza, de seguro!...

HAL.—(Altivamente.)

¡No ha de ser una tímida avecilla,

sino un águila heráldica y rampante,

como la que orgullosa y arrogante

en el blasón de vuestro escudo brilla!

Ros.—(Mirándole fijamente, después de bre-

ve pausa.)

Mas, en tanto que ensillan los corceles,

recítame, halconero, alguna de esas

trovas enamoradas, con que sueles

matar tus ocios...

Vio.—(Alegremente.) ¡La de las princesas

enamoradas de los trovadores!...

BEA.—¡La de Amadis y la Bella Sul-

Ros.—(Imperiosamente.) (tana!...

¡La de aquel paje que murió de amores

por una noble Infanta castellana!...

(El halconero descuelga del cuello un pe-

queño laúd, y a sus sonos empieza a recitar,

con la vista baja y la voz tímida, en medio

del coro de las damas. A medida que va

recitando su voz se anima y su expresión se

transfigura.) (la Infantina...)

GAS.—Es cruel como un ogro Ximena,

Parece hija del diablo y de una concu-

(bina...)

¡De sus manos te libre el Señor, go-

(londrina,

pues sacará tus ojos con una aguja

(final!...

¡Lebrel, si amas la vida y conservarla

(quieres,

huye como de una víbora, si la vieres,

pues te dará resientes, con puntas de

(alfileres!

A su puerta no llares, pobre mendigo

(anciano,

que está cerrada a todo sentimiento

(cristiano...)

¡Te arrancará las barbas de armiño con

(su mano!...

¡Te echará a la pocilga donde gruñe el

(marrano!...

El cuerno del viandante no soples,

(buen juglar,

ni a su presencia nunca te pongas a

(trovar,

¡que ella, el laúd, tu única gloria, te ha

(de quebrar! ..

¡Es malvada: ¡Sus manos que envidian

(scrafines,

por las que tantas lanzas rompen los  
(paladines,  
derriban los nidales que alegran los  
(jardines,  
y matan las abejas con ramos de jaz-  
(mines!...  
Y con sus escarpines de oro, en el sen-  
(dero,  
le troncha las patitas al implume jil-  
(guero,  
y aplasta a las hormigas que van a su  
(hormiguero!  
¡Oh, pobre paje rubio, que por el huer-  
(to en flor,  
de la luna de mayo bajo el claro fulgor,  
vagas como una sombra, sollozando de  
(amor,  
hasta caer rendido al pie del surtidor!..  
¡Antes de ver los ojos que causaron tu  
(pena,  
más te valiera, paje, colgarte de una  
almena,  
que es cruel como un ogro, la Infantina  
(Ximena!

Dichos y Angélica.

ANG.—(Interrumpiéndoles desde lo alto de la escalinata.) ¡Beatriz!... ¡Violante!...

Vio. ¿Quién llama?...

(Todas se vuelven.)

ANG.—¡Beatriz!... ¡Violante!... Venid, porque la Princesa quiere también bajar al jardín a despedir a la Corte, y aún está en su camarín sin ataviarse, esperando que le ayudéis a vestir!.

(Desaparece por la escalinata.)

Vio.—(Inclinándose ante la Infanta.)

Si su Alteza no lo impide...

Ros.—(Con ira reconcentrada.)

¡Cómo lo voy a impedir!...

¿Quién soy yo?.. Misera Infanta...

y ella será reina al fin!...

Vuestra reina... ¡La heredera de este trono!...

(Con imperio.) ¡Ve, Beatriz,

y tú, Violante... Idos todas!...

¿Qué falta me hacéis a mí?...

(Las damas se inclinan y se van silenciosas por la escalinata. Los pajes las siguen. Gastón va a partir también, pero se detiene a una señal de la Infanta.)

Tú, Gastón, solo conmigo

te quedas en el jardín...

(Gastón se estremece deteniéndose, con el laúd aún en la mano.)

Rosaura y Gastón.

Ros.—(Volviéndose sonriente a Gastón)

¿Por qué tiembas, halconero,  
y palidece tu tez?...

Según me miran tus ojos

no parece si no que

tú eres el paje... y yo soy

la Infanta Ximena... ¡A ver,

si eres tú como él amante,

y yo como ella cruel!...

(El Halconero se agita convulso.)

¡Pobre halconero! ¿qué tienes?

¿Por qué tiembas?... ¿Dónde fué

tu arrogancia de otros días,

aquella noble altivez

que te hizo mi favorito?...

GAS.—¡Mi señora, no os burléis!...

Me dijisteis que trovara,

y yo gustoso trové...

Si os desagrado la trova

mi pobre laúd romped,

que antes de desagrados

la muerte preferiré!...

Ros.—¡Pobre halconero!... En tus ojos

una lágrima se ve...

Se detiene en tus pestañas

sin atreverse a caer,

como si se avergonzase

de su propia timidez!...

(Con insinuante compasión, arrullándole con sus palabras.)

¡Vamos, pobre niño, calma!...

Si ante el cortejo del Rey

así te muestras, de fijo

se burlarán...

GAS.—(Fieramente.) Mas ¿por qué?...

¡Quien lo intentase, caería

desangrándose a mis pies!...

Ros.—¡Bravo además!... ¡Noble gesto!...

(Con profunda ironía)

Mas, tus manos de mujer

¿podrán—oh, noble halconero—

una espada sostener?...

GAS.—¡Señora, piedad, señora!...

Ros.—(Alejándose despectivamente.)

¡Y digno eres de ella, pues

tu brazo es débil... y el alma

igual que tu brazo es!...

¡Mano que pulsa el laúd

no esgrime la espada bien!...

GAS.—(Deteniéndola, con irrefrenable im-

petu.) ¿Una presa me pedisteis?...

¡Pues juro que os la traeré,

antes que muera en los cielos

el sol que empieza a nacer!...

Ros.—(Riendo.)

¡Pobre Gastón!... Estás loco...

¿Qué vas, débil niño, a hacer?...

GAS.—¡A demostráros que puedo

blandir la espada también!...

Ros.—¡Adiós!... Te dejo...

(Haciendo que se va.)

GAS.—(Como un loco.) ¡Escuchadme!...

¡Tenéis que escucharme!...

Ros.—(Volviéndose sonriente y clavando en él sus pupilas dominadoras.)

¿Qué?...

(Gastón se queda inmóvil, aterrado de su atrevimiento, sin fuerzas ni para levantar los ojos del suelo.)

Vamos, habla... ¿Te has quedado mudo, halconero, también?...

¿Respondes?...

GAS.—(Cayendo de rodillas.)

¡Piedad, Alteza!...

Quiero hablaros... y no sé qué deciros... Estoy loco!...

¡Mi llanto, señora, ved,

y si tenéis alma humana

mi dolor compadeced! ..

(Sollozando, con las manos tendidas.)

¡Sólo compasión os pido!...

¡Sólo piedad!...

Ros.—(Con forzada ingenuidad.)

Mas ¿por qué?...

¿En qué me ofendiste? ..

GAS.—(Como espantado.) ¿Acaso

yo os he podido ofender?...

¡Si mi lengua os ofendiese,

aunque fuera sin querer,

de raíz me la arrancara!...

Ros.—(Alzándose e intentando de nuevo

marcharse.) Vamos, Gastón, calma ten,

(Bajando de nuevo la voz y con profunda intención.)

que pronto te irás de caza

con el cortejo del Rey...

Cuida mi Ortuño... y que traiga

la presa ofrecida...

GAS. ¡Aunque

la vida me vaya en ello,

la presa juro traer!...

Pero oidme...

(Queríendola detener.)

Ros. ¡Adiós!...

GAS. ¡Señora,

escuchadme!...

Ros.—(Poniendo una mano en la boca.)

¡No podré,

que hay cosas que ni pensadas

en silencio, puede ser!

GAS.—(Interponiéndose resueltamente.)

¡Si no me escucháis, me mato,

aquí mismo, a vuestros pies!...

Ros.—(Con sarcástica sonrisa.)

Si no tienes puñal, toma

este mismo...

(Saca del seno un rico puñal cincelado y se

le ofrece.) Lo arranqué

del pecho del noble Conde

Lotario, la aurora en que

flotando sobre ese estanque

le hallaron muerto. Más, vé...

¡Está manchado de sangre

hasta en el pomo!...

GAS.—(Echándole mano.) ¡Hasta él.

en lo más hondo, señora,

del corazón me hundiré!...

Ros.—(Deteniéndole la mano en el momen-

to en que va a herirse.)

Apártalo, ¡pobre niño!...

(Con insinuante misterio.)

¡Busca otro pecho más bien!...

¡Otro pecho que se ponga

a tu dicha!...

(Va a irse.) ¡Adiós!...

GAS.—(Deteniéndola.) ¡Tened!...

(Como ebrio.)

Ros.—(Volviéndose a él.)

¡Adiós, adiós, pobre niño!...

(Le toma violentamente la cabeza entre las

manos, y le ofrece los labios.)

Toma mis labios...

(Le besa.) ¡Ya ves

cómo se engaña tu trova

cuando me llama cruel!...

(Se aleja solemnemente, imponiéndole silen-

cio con un gesto, y asciende a la escalinata.

De cuando en cuando vuelve los ojos y le mira

provocativamente, sonriéndole. Gastón,

desfallecido de felicidad, se desploma sobre

un banco de mármol, en el centro de la es-

cena.)

Gastón.

(Solo en el banco.)

¡Corazón!... ¡Corazón! ¿No la has oído?..

¿Y no estallas de júbilo?... ¡Alma mía!

¿Como muerta a sus plantas no has ca-

(do?...)

¡Para alumbrar mi amor, florece el

(día!...

Siento mi carne y mis pupilas, llenas

de la alegría de ese azul bendito...

¡Todo el oro del sol arde en mis venas,

y mi pecho se ensancha de infinito!...

¡Ojos que la mirasteis inclinada (cierto

sobre mí, respondedme:—¿Es cierto, es

que ha clavado en vosotros su mira-

(da?...)

¿Estoy dormido aún o estoy despier-

(to?...)

¿Es verdad, es verdad, pobres oídos,

que ella alentó mi amor?... ¿No la he

(escuchado

de rodillas, suspensos los sentidos.

como si el mismo Dios me hubiese ha-

(blado?)

¡Labios, que entre sus labios aspiras-

(teis

todo el perfume de una Primavera  
inmortal, ¿es verdad que la besasteis  
o fué todo tan sólo una quimera  
que en una noche de pasión soñasteis?..  
(Reparando en el puñal y esgrimiéndole al  
sol ) (peño

Mas aquí está el puñal, que de mi em-  
atestigua, en mis manos, la ventura...  
¡Su hoja sangrienta donde el sol fulgu-

(ra

dice que ha sido realidad mi ensueño!  
(Con celosa ira.) (ble!...

¡Oh, don Dionís... Tu muerte es infali-  
¿Un crimen?... ¿Qué es un crimen com-

(parado

con el inmenso bien de haber besado  
aquello que creimos imposible?...

En tu garganta se hundirá este acero,  
puesto que ella lo quiere... ¿Qué me

(importa

una vida, y dos mil, y el mundo entero,  
si ante su amor la eternidad es corta?...

¡Gastón, eleva tu arrogante frente!...

¡Eres un Dios!... Sus labios te han un-

(gido

de eternidad... Tu corazón ¿no siente  
que en su interior, florecen, de repente,  
todas las rosas del jardín florido?...

¡Corred, lágrimas tímidas y amantes,  
perlas que sobre mí vierten los cielos...  
¡Desahogad mi placer, igual que antes

desahogasteis mis penas y mis celos!...

Dicho y Angélica,

Que penetra por la ribera del lago y se apro-  
xima sonriente a Gastón,

ANG.—¡Por tin, Gastón, que te hallo!

De la Aurora a los fulgores  
en vano el rastro he buscado

de tu planta entre las flores...  
(Contemplándole ansiosamente.)

Tienes el rostro de cera...  
¿Por qué lloras, mi Gastón?...

GAS.—(Como soñando.)  
¡Cállate!... La Primavera  
florece en mi corazón...

Es extraño ¿no es verdad?...

¡Bendito el llanto que ves!  
en mis ojos, porque es  
llanto de felicidad!...

(Tomándola de las manos.)  
¡Qué feliz amaneció!...

El cielo, el jardín, la Aurora...  
todo parece que llora

lo mismo que lloro yo...  
¡Qué aroma!... ¡Qué claridad!...

El lago entero florece...

¡Todo, hasta el aire, parece  
que huele a felicidad!...

(Repican las lejanas campanas de un claus-  
tro, Empieza el alba.)

Hoy, Dios ha vertido aquí  
todas las dichas humanas...

Escucha... ¡H-sta las campanas  
repicando están por mí!...

Parece el clamor sonoro  
que anuncia resurrección,  
como una lluvia de oro

dentro de mi corazón...  
Todo en mí es alegría...

El sol que empieza a lucir  
alumbra mi primer día,  
porque hoy comienzo a vivir...

¡Alégrate, porque estoy  
de alborozo tan henchido  
que nadie, Angélica, ha sido

tan feliz como yo soy!...

¡Es tanta mi dicha, tanta  
que repartirla pudiera  
con todos, sin que perdiera

nada de ella!... Me levanta  
tan alto sobre la tierra,  
que desde su cumbre toco

la gloria...

ANG.—(Espantada.)  
¿Te has vuelto loco?...

¡Tu felicidad me aterra!...

Y si antes, tu dolor  
me llenaba de amargura,  
hoy, Gastón, tanta ventura

me causa pena mayor...

(Pequeña pausa, Estrechando entre las suyas  
las manos del Halconero.)

Cuando a la Corte llegué  
hace tres meses, creía  
que en ella te encontraría

tan feliz como soñé...

Tan alegre como eras  
en aquel tiempo lejanc,  
cuando, jovial, de mi mano

andabas por las praderas  
de nuestro valle natal,  
ebrio de luz y poesía,

y para mí siempre había  
en tu labio un madrigal...

Pero te hallé tan extraño,  
tan otro, que hasta de mí  
que más que tu hermana fui,

si te busco, huyes huraño.

Y llorando tu rigor,  
mi alma, de tu pena esclava,  
a solas se preguntaba:

—¿Pero qué tendrá, señor?...

GAS.—¡Pobre Angélica!... Recobra  
la paz, si sufres por mí...

¡Con la dicha que me sobra  
 feliz puedo hacerte a tí!...  
 Por mí, tu pálida tez  
 en llanto no bañarás...  
 ¡Siempre alegre me verás  
 igual que en nuestra niñez!...  
 Y enlazados de las manos,  
 felices a todas horas,  
 como en aquellas auroras  
 aun seremos más que hermanos...  
 (Animándola.)  
 ¡Pobre Angélica!... ¿No ves  
 mi entusiasmo y mi alegría?...  
 La fortuna, en este día,  
 he encadenado a mis pies...  
 Piensa en el gozo callado  
 de un ciego que de repente  
 cobra la vista, y se siente

por la vida deslumbrado:  
 y sólo así a comprender  
 mi ventura llegarás...  
 (Con misterio.) ¡Ni más tú debes saber  
 ni decir yo puedo más!...  
 (Resuena un clamor de trompetas de caza.)  
 ¡Adiós!... A la cetrería  
 me llama el aureo clamor  
 de esos clarines... ¡Buen día  
 de caza!... ¡Será mejor  
 que en mi existencia he tenido!...  
 ¡Hoy mi halcón a cazar va  
 el bien que lloraba ya  
 eternamente perdido!...  
 (Se va precipitadamente por el fondo entre el  
 clamor de las trompetas, dejando a Angélica  
 turbada en el centro de la escena, mientras  
 desciende lentamente el telón.)

## ACTO SEGUNDO

Salón gótico en el palacio del rey Arturo. Al fondo, una amplia galería abovedada que cierra el balaustraje de mármol de la escalinata que conduce a los jardines. Por el hueco florido de los arcos resplandece la maravilla de las frondas envuelta en la plata azulosa y deslumbrante del plenilunio. A la derecha, dos grandes puertas que dan a los departamentos del Rey. A la izquierda, otra puerta oculta por un rico tapiz, que sirve de entrada al reposorio de la Princesa; y en el mismo lado, a segundo término, un Cristo de talla, en una hornacina empotrada en el muro, iluminado por una lámpara de plata. La luz de la lámpara alumbraba tristemente la escena. Sillones de alto respaldo en cuyos remates, sostenidas por dos ángeles de bronce, que sirven de lambrequines, brillan, esculpidas, las armas reales; dos leones rampantes de oro en campo de plata. En las garras de uno se abre un lis de azur, y en las del otro se retuerce una serpiente de sable.

Angélica, Violante y Beatriz.

(Conversando en voz baja en el centro de la escena.)

VIO.—¡Malhaya la cetrería,  
 que a este reino va a dejar  
 como a un huerfanito ciego  
 perdido en la oscuridad!

BEA.— Al internarse en el bosque  
 la comitiva real,  
 el corcel del rey Arturo  
 resbaló en un matorral,  
 y a tierra con su jinete  
 malherido, vino a dar.

ANG.—Y cuatro pares del reino,  
 los de más noble solar,  
 en hombros, sobre un escudo,  
 lo entraron en la ciudad.

Los ojos vítreos traía  
 y ensangrentada la faz,  
 ¡y las gentes sollozaban  
 al contemplarlo pasar!

BEA.—¡Y luchando con la muerte  
 lleva una semana ya!...

VIO.—¡Malhaya la cetrería,  
 que a esta tierra va a dejar  
 como enlutada viuda  
 sin amparo y sin hogar!

(Pequeño silencio.)

BEA.—¿Y no habla nada?...  
 ANG. Tan sólo

a su estancia mandó entrar  
 a la Princesa y al Conde:  
 —¡Hijos—exclamó—doblad  
 mi rodilla, y recibid  
 mi bendición paternal,  
 que quiero veros casados  
 antes que llegue a expirar!—

Era su voz un gemido;  
 y al esfuerzo para hablar,  
 sobre su pecho, veíase  
 su luenga barba temblar...

Y hoy, junto a su mismo lecho,  
 levantaron un altar,  
 y a presencia de la Corte  
 les ha unido el Cardenal...  
 ¡Los novios y el moribundo  
 conu!garon a la par!...

Y a la Princesa causóle  
 tal impresión, que al final,  
 desmayada hasta su lecho  
 la tuvieron que llevar...

BEA.—¿Y el novio?  
 VIO. A la Corte entera

ha mandado convocar esta noche, no se sabe con qué objeto... Mas será alguna nueva desgracia, que cuando los lobos dan en atacar un rebaño, no paran hasta acabar, porque los hambrientos llegan cuando los hartos se van. (Con recelo, como si temiese que la oyeran.)

Se dice que de su hermano Lotario,—de aquel galán tan apuesto y generoso, que en vísperas de casar con la Princesa, encontraron muerto sobre ese cristal,— (Señalando al lago.)

el secreto de la muerte ha logrado averiguar... ¡Y ante ese Cristo ha jurado su noble sangre vengar!...

BEA.—(Sin poder contenerse.)

¡Si la Infantina quisiera bien le pudiera informar!... (Todas se estremecen al escuchar el nombre aborrecido.)

ANG.—¡La Infantina es una víbora enroscada en un rosall!...

Y ¡ay de aquel, que de sus flores quiera el perfume aspirar, que en sus venas la ponzoña de la muerte sentirá!...

BEA.—Parece que en estos días ha aumentado su crueldad...

ANG.—(Profundamente emocionada, con un dejo de ira en sus palabras.)

Ayer azotó a una esclava con tanta ferocidad,

que la sangre de la mísera, de las venas al brotar, bordó de vivos rubies el tisú de su brial!...

Y hasta a Gastón, su halconero, de grillos mandó cargar, encerrándole en la torre más alta de la ciudad...

Y gracias que la Princesa se interpuso, si no ya tan sólo nos quedaría de tan bizarro galán, un esqueleto pendiente del garfio de un almenar!...

BEA.—¿Por qué con él tanta saña siendo su paje?...

VIO.—(Viendo aparecer por la primera puerta de la derecha a Micer Haroldo.)

¡Callad!...

De la cámara del Rey

sale el Canciller Reall!..

(Todas se aproximan ansiosamente al que sale, para inquirir noticias.)

Dichas y Micer Haroldo.

VIO.—¿Cómo sigue el Soberano, Micer Haroldo?...

HAR. ¡Muy mal!

Con el fulgor de esa luna su vida se apagará, pues dicen que su destino ligado a Luna está, y del destino las leyes nadie las puede burlar.

BEA.—Micer Pietro, el florentino, con su ciencia ¿no podrá salvarle?...

VIO. ¡Dicen que ha hecho tales prodigios, que más que prodigios son milagros!...

HAR.—(Severamente, señalando al Cristo.)

¿Milagros?... ¡No blasfemad!...

¡Sólo Aquél que en el madero, clavado y sangrando está, sólo Aquél, de hacer milagros y prodigios es capaz!

¡La ciencia del hombre es solo vanidad de vanidad:

humo que más se disipa cuanto se levanta más!

ANG.—Mas cuentan que el florentino al señor de Mirabal,

que volvió de las Cruzadas leproso, con solo untar sus lacras, con hierbas de esas que crecen en la humedad

de los pantanos del Ródano, la lepra logró curar...

¡y hoy es gala de Provenza el señor de Mirabal!

VIO.—Y al Papa, que en Avignón es luz de la Cristiandad,

¿no fué Micer Pietro quien sanó de su enfermedad,

de la enfermedad que todos reputaban de mortal?...

HAR.—¡Ni al Soberano Pontífice ni al baronel provenzal

su hora les hubo llegado, como le ha llegado ya

al Monarca que a estos reinos sin cabeza va a dejar!...

BEA.—¿No hay esperanza?...

HAR. ¡Ninguna!...

Ya ha empezado a agonizar... La noticia por el reino

voy a mandar pregonar... ¡Vosotras, arrodilladas,

pedid al cielo piedad

por su alma, porque presto  
oiréis, medrosas, doblar  
por nuestro Rey, las campanas  
de la vieja Catedral!...

(Sale lentamente por la galería del fondo. Las damas le siguen, y mientras él descien-  
de por la escalinata, se agrupan conmovidas  
al amparo de los arcos, y así permanecen un  
instante, contemplando el encanto blanco y  
perfumado de la noche pleniluniar.)

Todas menos Micer Haroldo.

ANG.—¡Qué noche!... ¡No sé qué tiene  
la Luna, qué hay en el viento,  
que dentro del pecho siento  
que el corazón se detiene  
como encogido de espanto,  
y hasta mis pupilas sube  
algo así como una nube  
que quiere estallar en llanto!...

(Todas se estremecen y se estrechan entre sí  
aterradas, mientras desgarran el silencio el  
alarido de un pavo real.)

Vio.—¿Oyes?... Los blancos pavones  
en los altos balaustres,  
estremecen sus plumajes  
en medrosas convulsiones;  
y su alarido resuena  
en la noche limpia y clara,  
igual que si un alma en pena  
por el silencio pasara...

BEA.—Temblando entre los jazmines  
la Luna es como un sudario  
que amortaja el solitario  
ensueño de los jardines.

¡En el pavor de la hora  
callaron los ruiséñores,  
y hasta parece que llora  
la voz de los surtidores!...

ANG.—¡Hay como un sordo lamento  
de garganta estrangulada  
en el suspirar del viento  
entre la verde enramada!...

Y los golpes del batán  
me estremecen de pavora...

¡Parece, Beatriz, que están  
cavando una sepultura!...

(Reparando en la lámpara. Todas se vuelven  
aterradas.)

Y hasta la luz temblorosa  
de la lámpara que arde  
al pie del Cristo, cobarde  
se agita y tiembla medrosa;  
y su círculo móvil  
de sombra, a veces, se para,  
cual si apagarla intentara  
alguna boca invisible...

(Pequeña pausa. Se dirigen al amparo de la  
santa hornacina.)

BEA.—¡Ay, tengo miedo!  
(Se arrodillan al pie de la Cruz, con las ma-  
nos tendidas en una fervorosa imploración.)

Vio. ¡Señor,  
por tus angustias y por  
los martirios de la Cruz;  
ampara al Rey!...

BEA. ¡Dadnos luz  
en esta noche de horror!...

ANG.—¡Por la corona de abrojos  
que aun sangra sobre tu frente;  
por el llanto de tus ojos,  
ampáranos, Dios Clemente!...

(Permanecen inmóviles orando, mientras por  
la galería del fondo, bajo el hechizo misterio-  
so de la Luna, aparecen Rosaura y Gastón. Al  
rumor de los pasos sobre el losaje de már-  
mol, las orantes se agitan, estremeciéndose  
de terror, pegándose las unas a las otras en  
un abrazo de miedo; tal un rebaño al sentir  
las pisadas cautelosas de las fieras hambrientas.)

Dichas, Rosaura y Gastón.

Ros.—(Avanzando hacia el centro y contra-  
riada por la presencia de las damas.)

¿Qué hacéis aquí arrodilladas?

No es este vuestro lugar...

En la sala entre los pajes,  
oyendo a un viejo juglar  
maravillosas leyendas

de amor y guerras narrar,  
o junto al lecho en que yace  
vuestra Princesa Real!...

(Las damas se van levantando lentamente,  
inclinándose con respeto ante Rosaura.)

Vio.—Alteza, al cielo pedíamos  
que tuviese caridad

de estos reinos infelices  
que sin Rey van a quedar!

Ros.—(Imperiosamente.)

¡Idos pronto a vuestros puestos!

Vio.—¡Nuestra intención perdonad!

(Se inclinan y salen por la segunda puerta  
de la derecha.)

ANG.—(En voz baja al salir, dirigiéndose a  
Beatriz.) Beatriz, tiene su semblante  
esa belleza fatal,  
con que subyuga y fascina  
a las almas Satanás!

Rosaura y Gastón.

Ros.—¿Qué bien, Gastón, cumpliste tu  
(promesa?...

¿Qué bien trajo, en sus garras sangui-  
(nantes  
mi heroico halcón, la codiciada presa?  
¡Aún en tu cinto, orlada de diamantes  
la rica y cincelada empuñadura,  
de! tahalí de púrpura prendido,

esperando que cumplas lo ofrecido, con regia pompa tu puñal fulgura!...

GAS.—(En un balbuceo doloroso.)

¡Perdonadme, señora!... El incidente del Rey interrumpió la cetrería. .

¡Mas, yo os juro!...

Ros.—(Desdeñosamente.)

¡De nuevo juraría

tu labio contumaz, inútilmente!..

¡Mal haya la que abriga confianza

en un doncel imberbe, cuyo brazo por pulsar el laud, dejó la lanza!...

GAS.—(En un arranque de fiereza, contemplándola fijamente.)

Mantengo mi promesa, y os emplazo a mantener la vuestra... ¡Antes que el

la alondra anuncie en la extensión se-  
(día  
rena,

o colgará mi cuerpo de una almena

o habré cumplido la promesa mía!...

Dejad que mi furor de nuevo intente

cumplir lo que ofrecí... Si falla, ahora,

podéis burlaros de mi amor, señora,..

¡Mas confiad en mí! que en tanto aliene

Gastón, será más vuestro que ese vano

zafiro, que cual lágrima caída

de un azul muy sereno y muy lejano,

puso un poco de cielo en la florida

alba primaveral de vuestra mano!...

Ros.—(Lanzando una carcajada.)

¡Valiente paladín!...

(Le vuelve despectivamente la espalda.)

GAS.—(Trémulo de ira, sin poder contenerse.)

¡Si se burlara

como vos os burláis, el más valiente

guerrero de la Corte, frente a frente

la lengua y la existencia le arrancara!..

¡Pero sois vos, señora!.. Y vos tenéis

razón para burlaros. Mas, prometo

que antes que asome el Sol, conoce-

el temple de mi alma... (réis

Ros.—(Con feroz ironía.)

¡Acepto el reto!...

(Gastón intenta replicar, pero Rosaura le impone silencio al ver aparecer por la puerta de la izquierda al Conde Don Dionís, seguido de sus pajes y escuderos.)

Dichos y el Conde Don Dionís, Pajes y Escuderos.

(Estos y Gastón forman un grupo animado en el fondo.)

DIO.—(Inclinándose.)

¡El cielo guarde vuestra vida, Alteza!..

Ros.—¡El proteja la vuestra, noble her-

(man)!

DIO.—¡Oh, por piedad, no pronunciad

(tal nombre

en el lugar donde cayó Lotario, (mía,

mientras su sangre, que es la sangre

mi afecto fraternal no haya vengado!

Ros.—Olvidad... (BIBLIOTECA)

DIO. ¡No es posible! ¡Si olvidara

no fuese caballero ni cristiano!

¡Al saber la noticia de su muerte

mi corte entera convocó un heraldo,

y en el altar mayor de mi capilla,

delante de los nobles, con la mano

puesta sobre los Santos Evangelios

y la Cruz de mi espada sobre el labio,

por las santas cenizas de mis padres,

a presencia de Dios, juré vengarlo!

Ros.—(Trémula de ira, mas intentando re-

primirla.) ¿Sospechasteis?..

DIO.—(Con ruda franqueza.)

Del Rey, de la Princesa... (trajo

Perdonad lo que os digo... ¡Aquí me

más que impulsos de amor, sed de ven-

Ros.—(Atajándole con fiereza.) (ganza!...

¡Callad, porque la sangre del más alto

monarca de la tierra, del más noble

de todos cuantos arrastraron manto

y ciñeron corona. Conde, estáis

con tan viles sospechas ultrajando!...

DIO.—(Con dignidad.) (mío,

Respeto a vuestro padre igual que al

ya vuestra hermana como esposa amo...

¿Y cómo, decid, como les amara

si aún de ellos siguiera sospechando?..

(En voz baja, con profunda alegría.)

Además, de la bárbara tragedia

el secreto fatal tengo en mis manos...

¡En poder de mis gentes ha caído

un juglar, y si no lo ha revelado,

ya lo revelará, que en el tormento

no hay misterio que no aclaren los la-

(bios!...

Ros.—(Contrariada y pálida, pero intentan-

do disfrazar su turbación)

¿Un juglar?... Permittedme que me ría...

¿De un mísero juglar vats a hacer

(caso?..

DIO.—¡Si al fin el nombre del traidor

(obtengo,

el mísero juglar será sagrado!...

¡Y para castigar al asesino,

el tormento más trágico y más bárbaro;

todo cuanto soñar pueda en las fiebres

de sus noches de insomnio un tirano;

todas las penas del infierno juntas,

no han de saciar la furia en que me

(abraso!...

¡Y por más noble que su estirpe sea,

aunque fuese el más alto soberano (ta,

de la tierra, en su sangre, gota, a go-

he de vengar la sangre de mi herma-

ANG.—(Desde la puerta.) (no!...

¡Venid! El Rey os llama...

Ros.—(Deteniendo a Don Dionís.)

¿Y la Princesa?...

Dio.—No fué nada: la angustia, el so-

(bresalto;

tantas noches en vela, tantas lágrimas,  
el vigor de sus fuerzas agotaron.

Mas podrá recobrarlas nuevamente

con un poco de paz y de descanso...

¿Venis a ver a vuestro padre?

Ros.

Os sigo...

Dio.—(Volviéndose galantemente y ofreciéndole la mano.) (mano!...

No, Rosaura... ¡Perdón!... ¡Tomad mi

(Salen los dos, seguidos de los pajes y escuderos por la primera puerta de la derecha.

Gastón va a salir el último, pero Angélica lo detiene.)

Angélica y Gastón.

ANG.—(Deteniendo a Gastón.)

¿Dónde vas con tanta urgencia,

tan ciego y desatentado,

Gastón, que no has reparado

ni siquiera en mi presencia?...

GAS.—(Volviéndose sorprendido.)

¡Angélica!

ANG.—(Sin poder refrenar su alegría.)

Voz amada

¡gracias a Dios que te oí!...

Parece que no oigo nada

cuando estoy lejos de ti!...

(Mirándole con ternura.)

¿Qué angustia hiriéndote está?...

¿Por qué desde que saliste

de la torre, andas tan triste

que pena mirarte da?...

GAS.—Ya sé que gracias a ti

de la prisión he salido...

¡Más te hubiera agradecido

que me enterrasen allí,

que aquel sepulcro profundo

podiera ser lenitivo

para el que vive en el mundo

tan solo como yo vivo!...

ANG.—(Profundamente conmovida.)

¡Qué injustos son tus rigores,

cuando, sin ti, parecía

que estaba sin luz el día

y sin perfume las flores!...

¡Si hasta tu halcón, el que era

de tu puño orgullo y gala,

tu ausencia tanto sintiera,

que sin comer, bajo el ala

el pico, como queriendo

ocultar su amargo lloro,

en su alcandora de oro

de pena se fué muriendo!...

¡Y si sigues en prisión,

conozco, halconero, quién

se hubiese muerto también

de pena, como tu halcón!...

GAS.—¡Cómo a tu voz pagaré

los alientos que me da!...

Perdona si me olvidé,

en esta angustia que está

con mi corazón en guerra,

que aun queda a mi desconsuelo

un ángel sobre la tierra

para recordarle el cielo!

(Estrechándole las manos con ternura.)

¡Mi ángel!...

ANG.—(Con ingenuidad.)

Mas, dime, Gastón,

¿qué crimen hiciste para

que la Infanta te encerrara

en tan obscura prisión?...

GAS.—(Terriblemente agitado, imponiendo silencio a Angélica.)

¡Silencio!... ¡Jamás intentes

en mi pecho penetrar,

que pudieras encontrar

un vivero de serpientes!...

¡Cállate!... ¡Más te valiera

en el cubil de un león

entrar, que en mi corazón,

que es el cubil de otra fiera,

tan voraz y tan traidora,

tan hambrienta y tan cruel,

que cuanto penetra en él

entre sus garras devoral!...

(Acercándose a ella.)

Acerca al pecho tu oído...

Más aún... Dime ¿no sientes

algo así como un aullido,

como un rechinar de dientes,

como un luchar sordo que expresa

el más ciego frenesí?...

¡Es que no teniendo presa,

me está devorando a mí!...

ANG.—(Con tristeza, apartándose de él.)

Ya tu angustia he comprendido,

y tu honda pena respeto...

¡Que en tus ojos ha leído

mi corazón tu secreto!...

(En voz baja.) ¡La amas!...

GAS.—(Casi estallando en lágrimas.)

¡Silencio!

ANG.

¡La amas!...

GAS.—(Sin poder reprimir su angustia.)

¡Es verdad! ¡Tienes razón!...

¡Hace tiempo que en sus llamas

se abrasa mi corazón!...

¡Amor maldito y eterno,

en el que Dios fundir quiso

con las penas del Infierno  
las dichas dei Paraíso!  
(Sollozando en brazos de ella.)  
¡Me muero!... ¡Acalla tu odio!...  
Sé mi amparo...  
ANG.—(Estrechándole entre sus brazos, con  
la voz de lágrimas.) ¡Lo seré!...  
¡Y por tu amor velaré  
como un Arcángel custodio!...  
(Pequeña pausa. Los dos lloran abrazados.  
En el umbral de la primera puerta de la iz-  
quierda, aparecen conversando, Rosaura y  
Micer Pietro.)

Se acerca...

(Los dos se separan.)  
GAS. ¡Verla no quiero!  
(Sale precipitadamente por el foro.)  
ANG.—¡Contigo al jardín me voy!  
(Clavando, al salir, sus ojos en el Cristo.)  
¡Señor, salva a mi halconero!...  
¡Mi vida en cambio te doy!...  
(Se pierde por la escalinata, detrás de Gas-  
tón.)

Rosaura y Micer Pietro.

Ros.—¿Mi padre, Micer Pietro?  
PIE. De su herida  
no sanará...  
Ros. ¿No hay esperanza alguna?  
PIE.—¡Se apagarán las luces de su vida  
con los últimos rayos de la Luna!  
¡No ha de ver, al claror del nuevo día,  
fulgurar los paisajes celestiales  
de la mística y áurea alegoría  
que decora sus góticos vitrales!...  
¿No escuchas cómo aullan los lebreles?..  
¡Un tránsito mortal su aullido augura!..  
¡Ya puedes encargar a los cinceles  
que esculpan en el mármol la figura  
del Ángel, que doblada la rodilla,  
juntas las manos con unción ferviente,  
por él ha de rezar eternamente  
en la paz funeral de su capilla!...

Ros.—(Con ansiedad.) (sa?...  
¿Y la Princesa?... Dime... ¿Y la Prince-  
PIE.—No te inquietes... ¡Su mul es pa-  
Ros.—(Sordamente.) (sajero!...  
¡Quiero ser reina!... ¿Oyes?... ¡Y en la  
(empresa  
que tú me ayudes a triunfar espero!...  
PIE.—Mas, ¿cómo he de ayudarte?...  
Ros. ¡Hablemos claro!...  
¡Has que muera, y yo, en cambio de su  
te daré, cuanto pródigo o avaro, (vida,  
tu codicioso corazón me pida!...  
Tendrás palacios, slervos y triclinios  
de púrpura; poder, nobleza y oro;  
¡el más rico joyel de mi tesoro,  
y la mejor ciudad de mis dominios!...

(Pietro permanece silencioso e inmóvil, con-  
templando fijamente a Rosaura.)

¿No aceptas mis ofertas?...  
PIE. ¡Las rehuyo!...

¡Ni riquezas ni honores ambiciono!...  
Ros.—¡Dame tu ayuda, que si escalo el

(trono,  
medio reino, si quieres, será tuyo!...  
La ocasión es propicia... Está postrada  
la Princesa en el lecho...  
PIE. ¿Y qué?

Ros. ¡Procura  
que sólo salga de él para la helada  
soledad de su negra sepultura!...  
PIE.—(Espantado, con voz severa.)

¿Qué espíritu infernal te ha poseído?...  
¿Qué maléfico influjo te enajena?...  
¿Eres de sangre humana?... ¿De qué  
(hiena  
o de qué loba hambrienta te has nutri-  
(do?...  
¿Será posible que en tus labios, — esos  
labios hechos de mieles y de aromas,  
donde en dulces arrullos de palomas —  
amor debiera desgranar sus besos —  
tan sólo el odio aulle o silbe airada,  
oculta entre el encanto de sus flores,  
por su propia ponzoña empozoñada,  
la vibora de todos los rencores?

Ros.—¡Sella tus torpes labios!... ¿Tú  
(qué sabes  
de cóleras, de rabias y pasiones?  
¡Tan sólo en tu jardín cantan las aves,  
y en mis selvas de horror rugen leo-  
nes!...  
¿Vibora dices?... ¡Sí!... ¡vibora herida  
que hoy venganza su ponzoña vie tel...  
¡Si el amor es más fuerte que la muerte,  
el odio es aun más grande que la vida!...  
(Pequeña pausa.)

¡Oye, y verás cómo por vez primera]...  
su oculto germen infiltró en mi seno  
este sutil y bárbaro veneno  
que hoy emponzoña mi existencia entera!  
(Como recordando, profundamente conmo-  
vida.)

Era muy niña aún. Mientras mi madre  
en ruela de oro y marfil hilaba,  
yo, sobre las rodillas de mi padre,  
inmóvil su corona contemplaba.  
¡Sentí en mi corazón un sobrehumano  
deseo de ceñirla... Y, de repente,  
ávida de ella, le tendí la mano...  
y él, sonriendo, la ciñó a mi frente!...  
Salté loca de gozo... Y cuando ufana  
con ella en el espejo me veía,  
me la arrancó, gritándome mi hermana:  
—¡Quítate esa corona, porque es mía!...

Y al ver mi primer sueño destruído,  
de mi madre amparéme en el regazo,  
y ciñendo su cuello con mi brazo:  
—Di, ¿por qué es suya?—suspiré a su  
(oído.

Y ella, dándome un beso, como vida  
de aquel arranque de dolor sincero,  
exclamó, sonriendo entristecida: (ro...  
—Es suya... sí... porque nació prime  
Y yo, ocultando el rostro bajo el manto,  
sentí por vez primera, en tal instante,  
mis negros ojos desbordarse en llanto  
hasta escaldar mi pálido semblante!...  
Y, desde entonces, siempre, en la ve-  
(lada

y en el sueño, mi espíritu obsesiona  
el áureo resplandor de esa corona  
que por ley del azar me está vedada!...  
PIE.—(Después de un breve silencio.)

¡Acílla el odio que tu pecho sientel...  
Esa corona que tu orgullo ansía,  
al posarse en tus sienes, dejaría  
la mancha de Caín sobre tu frente!...  
Ros.—Mas ¿qué importa, si siempre  
(deslustrado

en ella está mi pensamiento fijo?...  
¡Por ella, este rencor he alimentado  
con mis propias entrañas, como a un  
(hijo! ..

PIE.—¡Te trata con cariño la Princesa!  
¿Cómo podrás justificar tu ira?...

Ros.—¡Pues ese mismo amor que me  
(profesa,

enciende más el odio que me inspira!...  
(Voiviéndose de nuevo hacia Micer Pietro,  
con los ojos relampagueantes de furor.)  
Mas ¿me ayudas o no?... ¡Pronto!...  
(Responde.

¡Un siglo es cada instante de demora!..  
PIE.—¡Jamás, Rosaura!... Tu rencor  
esconde,  
y a los pies de la Cruz perdón implo  
(ra!...)

¡Dios el remedio ante tus ojos ponel...  
¡Doblega ante ese Cristo la cabeza,  
y arrojada ante sus plantas reza,  
para que su justicia te perdone!  
(La induce a arrodilarse.)

(es duro  
Ros.—¡Déjame en paz!... ¡Mi corazón  
y ni perdón a mí te perdona! ..

¡Por ese cristo, ¡sí!, por El te juro  
que ceñirán mis sienes su corona!...  
PIE.—(Horrorizado.)

¡Sacrilega!... ¿No temes que irritada  
la sombra a quien tu cólera provoca,  
desenclave su mano atarazada,  
para ahogar las blasfemias de tu boca?  
Ros.—(Desafiante.)

¡Ya ves si es firme y pertinaz mi  
(anhelo,  
que no dobla su frente ni se aterra,  
ni ante todas las leyes de la tierra,  
ni ante todas las cóleras del cielo!...  
(Tiende las manos en un gesto de desafío,  
mientras desciende lentamente el telón.)

## ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Al levantarse el telón la escena aparece iluminada solamente por la mortecina claridad de la lámpara que arde junto al Cristo de la hornacina y el fúnebre resplandor de los grandes ciriales que sostienen los pajes. De cuando en cuando, en los intervalos del diálogo, resuenan, lentas y graves, las campanas de la cercana catedral que doblan por el alma del Rey. Una tristeza profunda y misteriosa flota en el ambiente, y el aire de la noche agita las llamas de los cirios y los ricos tapices.

(El Conde Don Dionis, Micer Haroldo, Micer Pietro y Caballeros seguidos de Pajes que sostienen los cirios.)

DIO.—(Dirigiéndose a los caballeros que forman un semicírculo en torno de él.)

¡Nuestro buen Rey Arturo ya no existel  
¡La firme mano que empuñara el cetro  
en la paz, con la misma fortaleza  
con que en las guerras esgrimió el  
(acero,

hoy, inútil despojo de la muerte,  
yace helada e inmóvil sobre el pecho...  
Con la luz de sus ojos se ha extinguido  
el claro sol que iluminó estos reinos;  
y esas graves campanas que en la no-  
(che  
esparcen el clamor de sus lamentos,

al par que por su muerte, están do-  
(blando  
por la negra orfandad de todo un pue-  
(blo!

Por ley de herencia pertenece el trono  
a la esposa que darne quiso el cielo;  
y antes que arrodillados a sus plantas  
le prestéis como reina acatamiento  
convocaros me plugo, porque ansío  
que me presten su luz vuestros conse-  
(jos.

HAR.—(Inclinándose.) Hablad, señor...  
DIO.—La sangre de mi hermano  
venganza clama aún. Cual caballero  
y cristiano, ante Dios y ante los hom-  
(bres  
juré vengarla... Entre mis manos tengo

Las pruebas de la infamia, y esta noche  
saber el nombre del culpable es venos...  
¡Sea el que fuere, aunque en sus venas  
(tenga  
sangre real, barones de estos reinos.  
ante todos vosotros, y a presencia  
de Dios que mis palabras está oyendo,  
en la cruz del acero puesto el labio,  
mi venganza renueva el juramento!...  
(Jura. Todos se inclinan.) (ramos!...  
HAR.—¡Y nosotros también con vos ju-  
¡Descuartizado sea, el que sin miedo  
a mancillar las sacrosantas leyes  
de la hospitalidad, manchó este reino  
con tan negro baldón!... ¡Fuera el que  
(fuera,  
el más próximo y noble de mis deudos,  
mi hijo propio, a morir descuartizado,  
yo, en el nombre de todos, le con-  
(Los nobles juran y asienten.) (deno!...  
Dio.—¡Gracias, nobles barones! .. ¡La  
(sentencia  
haré cumplirl... ¡Y perdonad si ciego  
de furor, perturbé con mis palabras  
la íntima pena que en vosotros leo,  
en esta hora solemne y lacrimosa  
que dedicar a la oración debemos!  
(Señalando la segunda puerta de la derecha.)  
¡Penetrad en la fúnebre capilla,  
y postrados en torno de su féretro,  
a compás de los cantos funerales  
y entre las blancas nubes del incienso,  
juntas las manos con unción ferviente,  
por el alma del Rey rogad al cielo!  
(Todos se inclinan y van desfilando lenta-  
mente, seguidos de los pajes. Sólo Micer  
Pietro permanece al lado del Conde Don Dio-  
nís. Al ir a salir Micer Haroldo, Don Dionís  
le detiene con un gesto.)  
Don Dionís, Micer Haroldo y Micer Pietro.  
HAR.—(Volviéndose.) ¿Qué queréis?  
Dio. Buen Haroldo, mi venganza  
a tu lealtad y a tu rigor entrego.  
(En voz baja.)  
¿El jugar?...  
HAR. vuestras órdenes aguardo...  
Dio.—¿Y tienes esperanza?  
HAR. En el tormento  
de la rueda, más tarde o más temprano,  
revelarán sus labios el secreto...  
Dio.—No hay tiempo que perder...  
HAR. ¡Antes que el día  
sus rosales de luz abra en el cielo,  
por las cenizas de mis muertos juro,  
que el nombre del traidor conoceremos!  
En una fuerte torre de este alcázar  
al buen jugador aprisionado tengo...  
Le vigilan mis guardias...

Dio. ¿Son leales?...  
HAR.—¡Mi cabeza, señor, responde de  
ellos!...  
Dio.—¡Pues ve, Haroldo, al instante!  
[A ver si logras  
romper la oscuridad de este misterio!...  
(Sale Haroldo por la arquería del fondo,  
mientras don Dionís se vuelve hacia Micer  
Pietro.)

Don Dionís y Micer Pietro.  
Dio.—¿Mi esposa, Micer Pietro?...  
Pie. Estad tranquilo.  
De su vida respondo...  
Dio. ¡Plugue al cielo  
que tu ciencia no falle!...  
Pie. ¡Con un poco  
de reposo su mal tendrá remedio!  
Y dentro de unos días, de rodillas  
bajo las sacras bóvedas del templo,  
entre el áureo clamor de los clarines  
y los gritos de júbilo del pueblo,  
han de ceñir sus sienes la corona  
que enjoyaron de gloria sus abuelos.  
Dio.—(Como estremecido por un fatal y tris-  
te presentimiento.)  
¡Así lo quiera Dios, pero me asalta  
una vaga inquietud... y tengo miedo!  
Pie.—¿De qué, señor?... Hablad...  
Dio. De todo cuanto  
me cerca...  
(Bajando la voz y mirando recelosamente.

En este alcázar un misterio  
sanguinante se esconde, y a su paso  
se erizan de navura mis cabellos...  
Cien veces, bajo el sol de Palestina,  
rota la espada y destrozado el yelmo,  
entre nubes de flechas y venablos,  
sentí silbar la muerte, sonriendo;  
y hoy, si al cruzar estas desiertas salas  
algún viejo tapiz agita el viento,  
el corazón de pánico se encoge,  
y estremecido de pavor me siento,  
cual si a su amparo algún puñal busca-  
la coyuntura para herir mi seno... [se,  
Aquí cayó mi hermano, y me parece  
que por doquiera un fantasma veo,  
pavoroso, la sangre de su herida  
con temblorosa mano conteniendo,  
murmurar a mi oído, en voz tan débil  
como el último soplo de su aliento:  
—Hermano, véngame, antes que caigas  
también herido por el mismo hierro...  
¡Y en tanto que no cumpla mi venganza  
este oculto temor no tendrá término!...  
(El Halconero, que ha estado como espiondo  
en la galería del fondo, aparece bajo los ar-  
cos. Al rumor de sus pasos, don Dionís se  
vuelve estremecido.)

Dichos y Gastón.

DIO.—(Con la voz ronca y la mano en la espada.)

Mas ¿quién va ahí?... ¿Quién va?  
(El Halconero avanza silenciosamente.)

¡Responda pronto!

GAS.—(Avanzando.)

¡Soy yo, señor!...

DIO.—(No pudiendo reprimir la ira que le causa su presencia.)

¡Oh, siempre el Halconero!

¡Por donde quiera que camino, siempre con tu imagen equivoca me encuentro, siguiéndome los pasos, silenciosa cual si fuese la sombra de mi cuerpo! Si alzo un tapiz, tras el tapiz te hallo, si salgo, acaso, a respirar el fresco perfume del jardín, en los macizos florecientes de rosas, te contemplo fosforescentes de furor los ojos, agazapado como un lobo hambriento que se dispone a devorar su presa, la fauce abierta y erizado el vello... Si abro los ojos en la sombra, en ella, lo mismo que un relámpago siniestro me deslumbra el fulgor de tus pupilas; ¡y hasta en los laberintos de mis sueños siento el tesón de tu mirada ardiente como un puñal que me desgarrar el pecho!...

¿Quién te ha mandado que mi paso espías?

Para seguirme a sí, ¿cuánto de dieron?..

GAS.—(Con desesperada altivez.)

¡Ni ha habido gente de mi sangre espía, ni yo, señor, como un jayán, me vendo, que todo el oro de la tierra es poco para comprar el nombre, que ha dos años cuando lucía Carlomagno (cientos en su sien en la corona del Imperio, hasta el mismo Rolando pronunciaba como el nombre de un héroe, con respeto!)

¡Y ¡vive Dios! que si ultrajarme osara un labio que no fuera el labio vuestro, la lengua de un tirón le arrancaría como se arranca una raíz del suelo, porque la lengua que ultrajó a mi nombre jamás pudo contar su atrevimiento!

DIO.—¡Yo sabré castigar tanta osadía!..

GAS.—¡Pues dadme ya el castigo que merezco!

¡Mandad que el hacha del verdugo siegue sobre el tajo el orgullo de mi cuello, pero no me ultrajéis con vuestras dudas,

porque la muerte al deshonor prefiero!..

(Con la voz profundamente conmovida.)

Sois el esposo de la reina mía, y vasallaje y sumisión os debo...

¡Condensadme al más bárbaro suplicio si os ofendió lo altivo de mi acento, que el que cansado está de la existencia ascenderá al cadalso sonriendo, (cía, lo mismo que si fuera a desposarse con la novia ideal de sus ensueños!...

DIO.—(Serenándose y profundamente conmovido por el dolor que parece retorcerse en las palabras del Halconero.)

Yo no sé qué tristeza lacinante respiran tus palabras, que tu acento desgarrado y profundo me conmueve y hasta el fondo del alma, como esos cantares que en la noche solitaria, desgranando su angustia en el silencio, en sus negros y estrechos calabozos, entonan los dolientes prisioneros... ¡Perdóname, doncel, si has sido víctima de la amarga inquietud de mis recelos!.. ¿Cómo no ha de tomar el caminante que en la noche su ruta va siguiendo, por ladrones las sombras que los árboles

(les proyectan en la nieve del sendero, si sabe que le acechan los ladrones en los nocturnos bosques encubiertos?.. (Resueñan los cánticos funerales.) (mos, PIE.—¡Ya los oficios comenzar. Va- Alteza, con la corte a orar al templo! (Mientras salen por la puerta segunda de la derecha, tras el tapiz de la izquierda aparece sigilosamente Angélica.)

Gastón y Angélica.

GAS.—(Con la mano en la empuñadura de su daga viendo desaparecer a don Dionís.)

¡Oh, brazo miserable, que no tienes firmeza para herir!... Si herir deseas, ¿por qué frustras el golpe y te tienes temblando de pavor?... ¡Maldito seas!.. ¡Mas tú no eres cobarde, brazo mío!... ¡En campo abierto o en lugar cerrado, tu lanzón o tu espada, con qué brío su corazón hubiera traspasado!... ¡Inútilmente la ocasión esperó!..

¡En vano hacia el puñal tierdo la mano, que el que nació cristiano y caballero no puede asesinar como un villano! (Angélica, que ha observado todos los movimientos del Halconero, se le acerca. Gastón se vuelve agitado.) ¡Angélica!

ANG.—(Contemplándola fijamente.)

¿Qué horrible pensamiento te obscurece, que he visto, acongojada, arder como un relámpago sangriento

el alma de Luzbel en tu mirada?  
GAS. ¿Qué te impulsa hasta aquí?  
ANG.—(Con la voz de llanto.)

¡La voz suave  
de aquella santa que en su seno unía  
en un anhelo maternal de ave,  
tu infantil cabecita con la mía!  
Ungidas de una celestial fragancia  
en mis oídos sus palabras gimen:  
—¡Angélica, al amigo de tu infancia,  
no dejes, no, que lo deshonre el crimen!  
GAS.—(Espantado.)

¿Qué dices?  
ANG. ¡No lo niegues! ¡No he mentido!  
GAS.—¡Deliras!...

ANG. ¡No, Gastón!... ¡La vida diera,  
porque lo que en tus ojos he leído  
sólo un delirio de mi mente fuera!  
(Acercándose más y oprimiéndole entre las  
suyas las manos.)

¡Escúchame, Castón! Por todo cuanto  
de puro dentro de tu alma queda;  
por mi voz, por mi pena, por el llanto  
que de mis ojos desbordantes rueda;  
por el amor que te nutrió en su seno;  
por ese Cristo que en la cruz nos mi-  
¡Huye de esa mujer, cuyo veneno (ra...  
emponzoña hasta el aire que respira!  
Ella te arrastra al crimen...)

GAS.—(Debatiéndose desesperadamente.)  
¡Calla, calla!...

¿No ves la angustia interminable y sor-  
(da

en que, deshecho, el corazón estalla,  
y cual vaso colmado se desborda  
en las ardientes lágrimas que exhalo?...  
(Estalla en sollozos. Ella le acoge maternalmente  
en sus brazos.)

ANG.—¡Ven y vierte tus llantos en mi  
¡Si ella es, para perderte, tu ángel  
(malo,  
yo soy, para salvarte, tu ángel bueno!

GAS.—(Desprendiéndose buscamente.)  
¿Déjame! Tu piedad en vano llora...  
(Se dirige hacia el fondo.)

ANG.—¿Dónde vas?  
GAS. ¡Yo que sé... ¡A donde pueda  
refrenar el dolor que me devora  
antes que el alma a sus delirios ceda!  
(Se pierde por la escalinata que da al jardín.  
Angélica le sigue hasta la galería; pero un  
gesto imperioso del halconero le hace retro-  
ceder; vacila un instante y se detiene apoya-  
da en una columna. Después lanza un grito y  
corre a abrazarse a la cruz con los ojos cu-  
biertos de lágrimas.)

ANG.—¡Señor, Señor, en tu piedad con-  
(fio!

¡Que hasta su triste oscuridad descien-  
(da

tu santa luz!... ¡Le salvaré, Dios mío,  
aunque pierda la vida en la contienda!  
(Aparecen por la galería del fondo Micer Har-  
roldo y Rosaura. Al verlos Angélica se des-  
liza sigilosamente detrás del tapiz que cubre  
la puerta de la izquierda. Mientras la Infan-  
tina y el Canciller avanzan, se escuchan los  
salmos funerales y el lejano doblar de las  
campanas.)

Rosaura y Micer Harroldo.  
HAR.—(Con voz sorda, profundamente agi-  
tado.)

Os vi nacer, y a vuestra sangre tengo  
aún más apego que a la sangre mía...  
¡Por eso ahora a preveniros vengo!...  
¡Tenéis que huir antes que nazca el día!  
ROS.—(Desdésosamente, aparentando una  
serenidad que desmienten el temblor de sus  
manos y la agitación de sus movimientos.)

¿Qué estás diciendo?  
HAR.

¡Lo que oís, señora!  
¡No podéis vacilar!... ¡Estáis perdida!  
¡Os acusa el juglar, y si la aurora  
os sorprendiera aquí, perdéis la vida!...  
Yo suspender las pruebas he podido  
hasta avisaros...

ROS.—(Con sonrisa desdeñosa.)  
¿Y en las imprudentes

palabras de un juglar habéis creído?  
HAR.—(Atajándole con severidad.)

¡Perdonad!... ¡Son las pruebas conclu-  
(yentes!...

Todo os acusa... Y si así no fuera,  
si una esperanza para vos hubiera,  
¿cómo el labio sincero de este anciano  
a herir con tal sospecha se atreviera  
a la hija de su propio soberano?...  
Huid de la corte, y buscad seguro  
en las tierras que os rinden vasallaje,  
¡que yo, señora, por mi honor os juro,  
las pruebas destruir!...

ROS.—(Con soberbia altanería.)  
¡Mas tal ultraje

no sufrirá mi orgullo! Aquí me quedo!  
Y ¡la envidia a condenarme osara,  
yo la condena sufriré sin miedo,  
luchando con mi suerte cara a cara!  
(Vuelven a resonar los salmos funerales.)

HAR.—(Profundamente conmovido.)  
¡No hay salvación!... ¡Huid!... ¡Por ese  
funeral, por las luces amarillas (canto  
que alu abren su cadáver, por mi llan-  
(to!...

¡Os lo pido, señora, de rodillas!  
(Se intenta postrar a los pies de Rosaura,  
pero ésta le contiene.)

En el jardín esperan a su Alteza  
gentes que a vuestro feudo han de es  
(Con sincero dolor.) (coltaros...  
Yo no puedo hacer más... Y al ayuda  
así también arriesgo la cabeza... (ros  
Mas dejad que este viejo desafie  
vuestro adverso destino, y sin demora  
salid hoy de la corte...

(Besándole la mano) ¡Adiós, señora!...  
¡Para siempre quizás!... ¡Que el cielo  
(os guíe!...

(Sale por la galería del fondo. Rosaura le  
contempla partir, apoyada en el respaldo de  
un alto sillón. Un momento de silencio, en el  
cual permanece inmóvil, como petrificada en  
sus pensamientos. De pronto se yergue, en  
un gesto de fiera inaudito que le hace re-  
torcerse de furor.)

Rosaura sola.

¿Huir?... ¡Nunca!... ¡Mi presa no aban-  
(donó!...

Ya está la suerte echada y decidida...  
¡Antes que nazca el sol, o escalo el  
o en el asalto perderé la vida!.. (trono,  
Una tempestad de sangre ciega sus ojos, e  
instintivamente le arrastra su destino hacia  
la puerta de la cámara dondè yace su her-  
mana.)

Aquí duerme... Está sola.. ¡Si firmeza  
tuviese el corazón!...

(Va a alzar el tapiz, pero sus manos, retroce-  
den como si hubiesen tocado a una llama.)

Pero, es en vano...

Yo no la puedo herir... ¡Naturaleza!  
¿por qué desarmas, para herir, mi mano?  
(Desesperada de su impotencia y como rebel-  
ándose contra ella.)

¡Por todo cuanto ruge y cuanto odia,  
ayúdame, potencias infernales!...

(Intenta avanzar de nuevo; pero al llegar a  
los umbrales, retrocede espantada.) (día

¡Mas, no; no puede ser, porque custo-  
la sombra de mi madre esos umbrales!

(Desvariando, como si la visión apareciese  
realmente ante sus ojos atónitos.) (liente

¡Tiene abiertos los brazos, y un do-  
reproche en su pupila azul destella,

combatiendo a mi furor:—¡Detente!...  
¡Me tendrás que matar antes que a

(ella!...

(Pequeña pausa, en la que todo su ser pare-  
ce crujir y debatirse en una lucha interior,  
inauditamente dolorosa y cruel.)

¡Si alguien en quien fiarme yo tuviera!  
(El odio vuelve a apoderarse de su alma, y  
una esperanza centellea en el negro siniestro  
de sus pupilas.)

¡A cambio del más bárbaro y eterno

dolor, negras deidades del infierno,  
prestadme un brazo que sin miedo hiera!  
(Se yergue en un arranque frenético de or-  
gullo y de fiera.)

¡He de triunfar!... ¡Mi espíritu altanero  
a la tierra y al cielo desafia!...

(Se vuelve de súbito al rumor de los pasos  
de Gastón que aparece en la galería del fon-  
do.) ¿Quién va ahí?... ¿Quién va ahí?...  
(Dando un grito salvaje al reconocerlo.)

¡Ah...! ¡Mi Halconero...!

¡Luzbel desde el infierno me lo envía!  
Rosaura y Gastón que avanza como un so-  
námbrulo por la galería del fondo.

ROS.—(Saliéndole al encuentro, con la voz  
insinuante y misteriosa.)

¡Gastón!... ¿Adónde vas?...

(El Halconero se detiene estremecido.)

GAS. ¿Qué me queréis?

ROS.—No te inquietes, y escúchame  
(con calma...

(Lo atrae hacia ella, clavando en él sus ojos  
fascinadores.) ¿Puedo contar contigo?

GAS. Ya sabéis  
que soy vuestro, señora, en cuerpo y  
¡Hablad, Alteza!... (alma.

ROS.—(Queriendo dar a sus palabras una  
emoción sincera, pero como dudando de lo  
que le va a decir.) ¡No, porque pudieras  
escuchar tales cosas, que erizado  
el cabello de espanto, de mi lado  
como del propio Lucifer huyeras!

GAS.—(Como si recobrase de súbito, al con-  
juero de la voz amada, todos los bríos y los  
entusiasmos de la juventud.)

¡Pedidme que deslustre los cuarteles  
que avaloran mi escudo, única heren-  
(cia

de mis padres; que manche mi conciencia  
con los actos más viles y crueles; (cia  
que al huésped que a mi amparo se ha  
(acogido

de su enemigo a la venganza entregue,  
bajo mi propio techo; que reniegue  
de la fe y la ley en que he nacido;

que dé entrada en mi patria al extran-  
(jero...)

¡Pedid, pedid!... Si es en servicio tuyo,  
—¡oh, amor, en cuya cárcel vivo y  
(muerol—

mi propio deshonor será mi orgullo!...  
ROS.—(Más insinuante aún, abrasándole con  
el fuego de sus ojos y embriagándole con el  
perfume de su aliento.)

¡No me retes, Gastón!...

(En voz muy baja, dejando caer lentamente  
las palabras.)

¿Se atrevería

tu mano a cometer tal villanía,  
que a través de los siglos, en la his-  
(toria,

a las gentes futuras, tu memoria  
por infame y por vil espantaría?

GAS.—¡Qué importa, si también al par  
(el hombre

al pie de mi baldón mirará escrito:

—¡Amó con un amor tan infinito  
que eternamente deshonró su nombre!

Decid que robe... ¡Y a la imagen santa  
de la madre de Dios, que en la capilla

de la severa catedral, humilla

la serpiente del Mal bajo su planta,

yo, la corona que en su sien destella

todo el oro y las perlas del Oriente,

le arrancaré, para ceñir con ella

la mármorea altivez de vuestra frente!

¡Decid que mate sin piedad; y aun  
(cuando

en nobleza y poder al Rey se iguale,

veréis caer, a vuestros pies, angrando,

a aquel que vuestra mano me señale!...

Y si a mi propia madre señalara...

¡Tal me tenéis la voluntad rendida,

que hasta por vos, señora, apuñalara

al propio seno que me dió la vida!...

Ros.—(Echándole los brazos al cuello.)

¡Digno eres de mi amor; y así te quiero!

¡Así te quiero ver: audaz y erguido,

retando al bien y al mal, bravo halco-  
(nero,

bello y terrible como un Dios caído!

(Poniendo en su voz todas las mieles y las

promesas del deseo.)

¡Para embriagar de amor tu vida loca,

yo sabré darte, en inmortales lazos,

las cadenas de rosas de mis brazos

y los besos de fuego de mi boca!

Y cuando toda adversidad concluya

y recobremos la pérdida calma,

yo, desnuda a la par de cuerpo y alma,

—¡Tomámel!—te diré...—¡Soy toda tuya!

GAS.—(Embriagado de felicidad y estrechán-  
dola entre sus brazos.) (mento

¡Oh, dulce amor!... ¡Bien vale este mo-  
que entre tus brazos prisionero estoy,

toda una eternidad de sufrimiento...!

¡Manda a tu arbitrio, que tu esclavo  
(soy!

(Rosaura le toma de una mano y le arrastra

nacia la puerta de la izquierda. Después le

indica el puñal, señalándole la cámara de la

Princesa. Babuciente por lo horrible de la

sorpresa.) ¿A la reina?...)

Ros.—¿No dije que sería

tan cruel, tan villana y tan horrible

la acción que ejecutar te ordenaría,

que tu mano al herir vacilaría?

GAS.—(Desnudando el puñal y avanzando.)

¡Para tan grande amor todo es posible!

(De pronto, casi al pisar los umbrales, se de-  
tiene y se vuelve vacilante hacia Rosaura.)

Mas, ella...

Ros.—(Con toda la fuerza que le da su des-  
esperación.)

No preguntes... Sube al trono,

mañana mismo... ¡Ceñirá su frente

la corona real que inúltimente,

hace ya tantos años que ambiciono!...

Me acusan de la muerte de Lotario...

¡Si ella no muere, moriré mañana!...

¡Gastón, que una perezca es neces-  
¡Elige tú!.. (ríe!...

GAS.—(Alzando la cabeza, en un gesto de  
suprema resolución.)

¡Perecerá tu hermana!...

¡Todo tuyo será! ¡Mi amor lo jura!...

¡Por ti ruedo al infierno, sonriente!...

¡A costa de mi eterna desventura,

recia corona ceñirá tu frente!...

(Avanza con el puñal desnudo; más al desco-  
rrer el tapiz de la entrada aparece, cortán-  
dole el paso, la dolorosa figura de Angélica.

Gastón retrocede; Rosaura ahoga un grito de  
rabia, retorciéndose de desesperación.)

Dichos y Angélica,

ANG.—(Con los brazos tendidos, defendien-  
do con su cuerpo la entrada.)

¡Atrás! ¡Atrás!... ¡Mi angustia desafia

a vuestros ciegos odios infernales!...

¡Para evitar un crimen, Dios me envía,

y defiende mi cuerpo estos umbrales!

GAS.—(Después de un instante de vacila-  
ción, avanzando resuelto.)

¡Aparta!... ¡Déjame!...

ANG.—¡Sacia en mi seno

el sangriento furor en que te abrasas!

¡De aquí no has de pasar, si antes no  
(pasas

sobre el cadáver de tu arcángel bueno!

GAS.—(Empujándola.)

¡Pasaré; aunque el cielo se opusiera!

(Angélica se abraza a él con todas las fuer-  
zas de su trágica angustia.)

ANG.—(Deshecha en llanto.)

¡No pasarás!... ¡Llorando te lo pido!...

¡Por tu madre!...

(Forcejeando los dos se separan de la puer-  
ta, dejando libre la entrada. En este momen-  
to, Rosaura, que ha permanecido hasta en-  
tonces inmóvil, como reconcentrada en un  
pensamiento, arrebatada violentamente de ma-  
nos de Gastón el puñal, y como poseída de  
un vértigo de destrucción se dirige hacia la  
cámara real.)

Ros.—¡El infierno lo ha querido!  
¡Será preciso que a mis manos muera!  
(Penetra en la estancia. Gastón y Angélica  
continúan luchando, abrazados desesperada-  
mente.)

Angélica y Gastón y después Rosaura.  
GAS.—¡Suéltame!... ¡Suéltame!...  
ANG.—¡No he de soltarte!  
¡No ganará Rosaura la partida!...  
¡Te he jurado salvar, y he de salvarte,  
aunque al salvarte a tí, pierda la vida!  
GAS.—(Dándose cuenta de la desaparición  
de Rosaura, en un esfuerzo violento por des-  
prenderse de los brazos de Angélica.)  
¡Suéltame!... ¡Suéltame!... ¡Llegó la

[hora!  
ANG.—(No viendo a Rosaura, lanza un grito  
desgarrador, como si presintiese la trage-  
dia.) ¡Amparadnos!... ¡Socorro!...  
(Gastón la oprime entre sus brazos para aho-  
gar sus palabras.)

¡Madre mía!... (De pronto queda rígida.  
Gastón retrocede espantado y ella se despla-  
ma exánime al pie del Cristo, mientras por la  
puerta de la izquierda aparece Rosaura des-  
melenada y pálida, con la máscara del crimen  
sobre el rostro, esgrimiendo aún en sus ma-  
nos el puñal ensangrentado.)

GAS.—(Atónito al verla.)  
¿Qué habéis hecho?... Decid... ¡Decid,  
[señora!...

Ros.—(Como enloquecida.)  
¡Triunfé en mi empresa!... ¡La corona  
[es mía!

(Se oye el rumor de la gente que llega. Los  
dos se miran; vacilan, sin saber si huir o si  
quedarse. De súbito, Gastón arranca de las  
manos de Rosaura el puñal, como si una re-  
solución inquebrantable y salvadora se apo-  
derara de su ánimo. Don Dionís, Micer Harol-  
do, Micer Pietro, Beatriz, Violante y algunos  
caballeros invaden la estancia por la puerta  
de la derecha, a la luz de los cirios que sos-  
tienen los pajes. Escena rapidísima.)

Dichos, Micer Haroldo, el conde don Dionís,  
Micer Pietro, Violante, Beatriz, caballeros,  
soldados, pajes y damas.

PIE.—¿Qué sucede?...

DIO.—¿Qué voz auxilio clama?...  
(Al resplandor de los cirios distinguen el  
cuerpo inanimado de Angélica. Todos se  
agolpan.)

HAR.—(A don Dionís.)  
¡Ven y mira, señor!... Aquí, delante  
del Cristo, desmayada hay una dama...  
(Algunos pajes se inclinan.)

PIE.—(Poniéndole la mano sobre el corazón.)  
¡La muerte ha puesto sobre su sem-  
[blante

el pavor de su máscara angustiosa!...  
(Violante y Beatriz se arrodillan junto Angé-  
lica. Gastón se adelanta hacia el grupo, lívi-  
do, pero sereno, con la fe de quien va a  
cumplir un sacrificio sagrado. Rosaura per-  
manece inmóvil, como petrificada, en los um-  
brales de la cámara.)

DIO.—(Reparando en Gastón.)

¿Qué pasa, di?

GAS.—(Adelantándose en medio del grupo.)

¡Señor, la misma mano  
que a vuestro amor arrebató un herma-  
[no,

acaba de dejaros sin esposa!...  
(Una emoción profunda conmueve a todos.  
Sobre el rostro de Rosaura pasan todas las  
tempestades de la ansiedad y el terror.)

DIO.—(Balbuciente de dolor y de ira, diri-  
giéndose al Halconero.)

¿Donde se oculta?... ¡Pronto!, dime,  
[¿dónde?...

GAS.—(Con voz firme y dura.)

¡Aquí mismo a la muerte desafia!  
(Rosaura tiembla.)

¡Cansada de vivir, ya no se esconde!...  
(Dirige una suprema mirada de despedida a  
Rosaura, y con un ademán supremo se vuelve  
hacia el conde.)

¡Esa mano, señor: vedla!... ¡Es la mía!...  
(Extiende el brazo armado aún con el puñal  
que arrebató a Rosaura. Esta lanza un grito.  
Todos acometen al Halconero, que con gesto  
heróico, silencioso, presenta su pecho a las  
espadas, mientras desciende lentamente el  
telón.)

FIN

# FUERA CANAS sin teñirlas ni arrancarlas



Marca Registrada

Gran invento **BRILLANTINA INDIA** (Sin grasas)  
Exijase en la etiqueta La figura  
de la India (Marca Registrada.)

Producto antiséptico, compuesto de raíces aromáticas  
Único que sin teñir, en pocos días devuelve a las canas su color  
primitivo. Usándole no salen nunca. Fortifica la raíz del  
cabello evita su caída y le devuelve el jugo perdido, pues la  
cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin  
el cual se debilita la raíz, haciéndole perder color y fuerza.  
Precio: 5 pesetas. De venta en todas las perfumerías y dro-  
guerías. Por mayor J. BARREIRA. Muñoz Torrero, 6.  
MADRID

**50**  
Centimos  
CAJA

## Pildoras Saludables

# MUNOZ

### LAXANTES PURGANTES

EN TODAS LAS FARMACIAS

**20**  
DOSIS

Rogamos a nuestros corresponsales y suscrip-ores, que atien-  
diéndose a las modificaciones de la Administración del Correo  
Central, nos remitan la correspondencia en la siguiente forma:

Seto

**PRENSA POPULAR**

Apartado núm. 498.

MADRID.

## STILOGRAFICAS

Millares donde elegir  
desde 1 a 300 pesetas

**Casa MOZO**

Alcalá, 9  
MADRID

# Tos ferina jarabe Bebé

PRINCIPALES  
FARMACIAS Y  
DROGUERIA S

**HIPOFOSFITOS SALUD.**

**TONICOS NERVIOS.**



**LA GARRA**

**PRENSA POPULAR** ha puesto a la venta  
las célebres obras de

## LINARES RIVAS

La Garra. — La fuerza del mal. — Fantas-  
mas. — La raza. — Como buitres. — La es-  
puma del champagne. — Aire de fuera —  
El abolengo. — Nido de águilas. — La es-  
tirpe de Júpiter. — María Victoria. — En  
cuarto creclente. — Como hormigas...

Precio de cada tomo: 3 pesetas.

Pidense a librerías, a nuestros Corresponsales y  
a esta Administración, Madrid, Calvo Asensio, 3

1300  
-AN  
-ALM  
-UFI  
-TI

Treinta años de éxito creciente

# PODEROSO REGENERADOR



Anemia  
Neurastenia  
Desnutrición  
Convalecencias  
Inapetencia  
~etc.~

## HIPOFOSFITOS SALUD

# SUSCRIBASE USTED

A NUESTRAS POPULARISIMAS REVISTAS

Madrid y Provincias. Extranjero,

La Novela Corta .....	7,50	10,00
La Novela Teatral. ....	9,50	12,00
La Novela Corta y La Novela Teatral .....	15,00	20,00

(Suscripción combinada.)

La suscripción empieza con el primer número de cada mes;

PAGO ANTI-IPADO.—NO SE ACEPTA EN SELLOS

MADRID. — CALLE DE CALVO ASENSIO. 3 — APARTADO 498



### MAQUINAS PARA ESCRIBIR DIRECCIONES

2.500 direcciones por hora

sin posibilidad de equivocación.

Una sola máquina "ADREMA"

hace el trabajo de 20 empleados.

Se amortiza a sí misma

en un plazo máximo de dos años.

Catálogos y presupuestos gratis.

Véalas funcionar en la

Papelería Americana, Espoz y Mina, 14, Madrid

21006